

I. Miradas fijas en el cielo

Como todos los años, pasado lo peor del invierno, las cigüeñas que habían migrado volvían de África.

En lo alto de una loma, varios amigos las esperaban. Tenían los cuellos estirados hacia el sur. Eran el corzo, el ganso, el tejón, el armadillo y el topo. Compartían una misma ilusión. Estaban muy impacientes.

—¡Muy pronto las veremos aparecer! —anunció, jubiloso, el ganso.

—Llegarán cansadísimas después de un viaje tan largo —se compadeció el topo, que también estiraba el cuello, aunque no veía casi nada y se guiaba por lo que iban comentando los demás.

—Cansadas sí vendrán —reconoció el armadillo—, pero también contentas por estar de nuevo aquí tras recorrer tan enormes distancias.

—¡Y con muchas historias y aventuras que contar! —dijo el tejón, que se moría de ganas de empezar a oírlas.

—¡Y yo que me las perdí los otros años —se lamentó el corzo— porque no sabía que se reunían para escucharlas!

—No te preocupes —lo consoló el ganso—. Ya las irás conociendo. Te las contaremos. Y seguro que a Ciconia le encantará volver a explicar las más inolvidables.

Los cinco estaban esperando a las cigüeñas y, sobre todo, a una de ellas, a su amiga Ciconia, con la que se reunían todos los años a su regreso de las cálidas tierras de África.

Al poco tiempo, un avefría llegó por el aire anunciando:

—¡Ya vienen, ya llegan, ya están las primeras bandadas volando por encima de las vegas bajas!

Los cinco amigos se emocionaron.

—¡Seguro que Ciconia viene con las primeras, como de costumbre! —pronosticó el armadillo.

—Pronto pasarán por encima de nosotros —avisó el tejón—. Tenemos que estar muy atentos para verla al instante.

Al corzo le entró una duda.

—¿Cómo podrán reconocer a su amiga Ciconia? Cuando van juntas volando parecen todas iguales, no hay quien pueda distinguir una entre tantas.

—Ella hará una señal que sólo nosotros conocemos. Pronto lo verás; no hay confusión posible.

II. Pasan las bandadas

El primer grupo de cigüeñas que apareció en el aire levantó exclamaciones de entusiasmo.

Los cinco amigos que esperaban en la loma las saludaron con gestos de alegría.

Ciconia no iba con ellas, pero no se preocuparon: estaría en alguna de las bandadas que venían a continuación.

A cada rato llegaban nuevos grupos. Pasaban a bastante altura. Batían las alas despacio, con elegancia, y a veces planeaban como si estuvieran deslizándose por el aliento del aire.

Era una belleza verlas volar, parecían ensueños blancos.

Cuando ya habían pasado numerosas bandadas, los cinco amigos empezaron a preocuparse. Sus caras ilusionadas y alegres se iban llenando de preocupación.

—¿No les parece que Ciconia está tardando mucho este año? —dijo el topo con un ligero temblor en la voz.

—Pues, sí —reconoció el ganso—. No he dicho nada, pero estaba pensando lo mismo.

—Igual que yo —añadió el tejón—. Me lo callaba para no aguar la fiesta, pero ya me está pareciendo muy raro.

—Y a mí también —coincidió el armadillo—. A ella le gusta llegar con las bandadas que vuelan en cabeza. Desde que la conocemos, siempre lo ha hecho así.

El corzo intentó tranquilizarlos.

—Habrá pasado sin que se dieran cuenta.

—Imposible —descartó, categórico, el tejón—. Ella sabe que estamos aquí esperándola.

—Nos habría hecho la señal —recordó el armadillo.

—Y ninguna la ha hecho. Ciconia no ha pasado —aseguró con aire triste el ganso.

Seguían mirando fijamente al sur, pero ahora sus cuellos estirados estaban llenos de ansiedad.

Estuvieron un rato callados, y luego hablaron de sus temores y malos presagios.

—Todos los años ocurre que algunas de las cigüeñas no vuelven de su gran viaje a África —dijo el topo con pesar, como si se le hubiese escapado uno de sus pensamientos más tristes.

—Es una aventura fabulosa —dijo el ganso—, pero llena de peligros.

—Algunas cigüeñas caen en trampas, las pobres —lamentó, consternado, el armadillo.

—¡Y a otras, por ser demasiado confiadas, las cazan con facilidad! —se indignó el tejón.

—Según he oído, las hay que pierden la orientación y se agotan perdidas en el mar —el corzo no había podido escapar al pesimismo general.

—¡Cállense! —pidió el topo—. No sigan. Estamos llamando a la desgracia. Si tanto decimos que a Ciconia le ha ocurrido algo, al final va a ser verdad.

—¡Tienes razón! —dijo el ganso, dispuesto a pasar a la acción—. Basta ya de malos augurios. Vamos a salir de dudas.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó el corzo.

—Subiré a preguntar. A lo mejor, algunas de las cigüeñas que llegan puede decirme por qué Ciconia tarda tanto.

—Van a bastante altura —dijo el armadillo, observando una bandada que se estaba acercando—. ¿Podrás alcanzarlas antes de que se pierdan de vista?

—Me costará un poco, pero creo que lo conseguiré —dijo el ganso levantando el vuelo.

Sus cuatro amigos lo acompañaron con la mirada mientras iba ganando altura gracias a los vigorosos movimientos de sus alas.

III. El cuchillo del viento

El ganso llevó a cabo la ascensión como un buen navegante aéreo.

En lugar de ir al encuentro del grupo de cigüeñas en dirección al sur, tomó hacia el norte. Parecía que quisiera ponerse por delante de ellas.

Sus amigos, desde abajo, no dejaron de observarlo ni un momento. Era como si lo ayudaran con sus miradas.

Parecía que las cigüeñas estuviesen persiguiendo al ganso. Pero no era así. El ganso sabía que iban a darle alcance en poco tiempo. Entonces seguiría volando junto a ellas y les preguntaría si sabían algo de Ciconia.

Ocurrió como lo había previsto. Cuando tuvo a la bandada a su lado, le dijo a la cigüeña que tenía más cerca:

—Estamos preocupados. Hace ya mucho que esperamos a Ciconia y no la hemos visto ni sabemos nada de ella.

—No me extraña. Veníamos muchas juntas pero, antes de llegar al mar, se nos cruzó un vendaval de miedo.

—El cuchillo del viento cortó nuestro grupo en dos mitades —dijo otra cigüeña que volaba a poca distancia del ganso—. Y luego volvió a arremeter y nos dispersó aún más. Lo pasamos mal de verdad. Nunca había visto una tempestad igual.

—Y ya no pudimos volver a reagruparnos porque algunas fueron arrastradas por el viento. Soplaban con tal fuerza que se las llevó lejos.

El ganso se angustió.

—¿Puede haberle ocurrido algo malo a Ciconia?

— Si la suerte la ha acompañado, seguro que no —dijo la primera cigüeña, que no quería asustar más de la cuenta—. No pierdas la esperanza. Seguirán llegando bandadas, nadie sabe hasta cuándo. Algunas pueden tardar días si el vendaval las hizo desviarse mucho. Ten confianza. Hay que seguir esperando.

El ganso se sentía agotado. No podía seguir acompañando a las cigüeñas, estaba muy desentrenado. Le costaba un gran esfuerzo volar como ellas. Y ya le habían dicho lo que sabían. No iba a sacar nada más en claro por el momento.

Se fue quedando atrás. Luego describió una curva suave y abierta y emprendió el regreso.

Cuando divisó la loma en que sus amigos aguardaban, inició el descenso.

Ya antes de que tomara tierra, las preguntas le llovieron.

—¡Dinos!

—¡Habla!

—¿Qué has averiguado?

—¿Hay motivo para preocuparnos?

El ganso se posó con suavidad y, para no alarmarlos demasiado, les dijo:

—Me parece que la espera será un poco más larga que otras veces.